



Palabras de homenaje a la maestra Hilda Ruz Prado en el centenario de su nacimiento

Iglesia Catedral de San Bernardo – 25 de octubre de 2026

Querida señora Hilda, queridos familiares, amigos y hermanos en Cristo:

Hoy nos reunimos con especial alegría y gratitud para rendir un merecido homenaje a una mujer excepcional, nuestra querida Hilda Ruz Prado, al cumplir cien años de vida. Un siglo de existencia es siempre un don extraordinario de Dios, pero cuando esos cien años han estado llenos de trabajo, generosidad, servicio a los demás y fidelidad a la fe, tenemos motivos aún mayores para dar gracias al Señor.

La vida de Hilda ha estado marcada por una profunda vocación de maestra. Ha dedicado sus mejores energías a la educación, a la formación musical y a la dirección de coros, sembrando belleza, armonía y cultura en generaciones de niños, jóvenes y adultos. Su obra ha trascendido las fronteras de nuestra ciudad y de nuestro país, mereciendo numerosos reconocimientos.

Pero hay algo que vale todavía más que los títulos y las distinciones: el bien que una persona ha hecho a lo largo de su vida y la huella que ha dejado en el corazón de los demás.

En Hilda reconocemos grandes virtudes humanas: la perseverancia, la disciplina, la responsabilidad, la laboriosidad, la delicadeza en el trato, la generosidad y esa admirable capacidad de seguir sirviendo a los demás, aun cuando los años avanzan. Su vida nos enseña que la verdadera juventud del espíritu no depende de la edad, sino de mantener vivo el deseo de amar, aprender y entregar lo mejor de uno mismo.

Sin embargo, hoy quiero destacar de manera muy especial su profunda fe católica, arraigada en su corazón y manifestada en una vida de fidelidad a Dios y a la Iglesia.

Quienes participamos habitualmente en esta Catedral conocemos bien su presencia constante en la Santa Misa. Hilda no ha sido solamente una fiel que asiste a las celebraciones: ha prestado un hermoso servicio como lectora habitual de los textos sagrados, proclamando la Palabra de Dios ante la comunidad cristiana.

¡Qué hermosa misión! Aquella voz que durante tantos años ha dirigido coros y ha enseñado a cantar también se ha puesto al servicio del Señor para anunciar su Palabra. La misma voz que ha transmitido la belleza de la música ha proclamado la belleza de la verdad divina.

Y esto nos habla de una virtud cristiana fundamental: la fidelidad. Fidelidad a la fe recibida, a la Iglesia, a la Eucaristía dominical, a la oración y al servicio humilde y perseverante. Porque la santidad cristiana no se manifiesta solamente en las grandes



obras, sino también en esa constancia cotidiana de quien permanece junto al Señor a lo largo de toda su vida.

Su amor por la música sacra, sus conciertos en nuestra Catedral y su dedicación al canto coral han sido también una manera de elevar el espíritu humano hacia Dios. Como enseñaba san Agustín: «Cantar es propio del que ama». Y Hilda ha hecho de la música una expresión de amor a Dios, a la belleza y a sus semejantes.

Querida Hilda: hoy queremos agradecerle no solamente lo que ha hecho, sino también lo que ha sido y sigue siendo para nosotros. Gracias por su testimonio de fe, por su amor a la Iglesia, por su servicio a nuestra Catedral y por enseñarnos que los talentos recibidos de Dios deben ponerse generosamente al servicio de los demás.

En este día recordamos las hermosas palabras del salmo 92:

«Aún en la vejez darán fruto; estarán llenos de fuerza y verdor».

Estas palabras parecen escritas para usted. Porque sus cien años no son solamente una larga historia que recordar, sino también un testimonio vivo de fecundidad espiritual, de esperanza y de confianza en Dios.

Que la Santísima Virgen María, a quien tanto veneramos como Madre y Reina de Chile, la siga acompañando con su protección maternal. Que el Señor le conceda su paz, su alegría y su bendición.

Y que nosotros sepamos aprender de su ejemplo una enseñanza sencilla, pero inmensamente valiosa: vivir muchos años es una gracia; haberlos vivido amando a Dios y sirviendo a los demás es una verdadera bendición.

¡Muchas felicidades, querida Hilda! Que Dios la bendiga y muchas gracias por estos cien años de vida fecunda.

+ Juan Ignacio González Errázuriz
Obispo de San Bernardo